



EL PESCADORCITO URASHIMA

NIVÍA muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierto día salió á pescar en su barca; pero en vez de coger un pez, ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga con una concha muy recia y una cara vieja, arrugada y fea, y un rabillo muy raro. Bueno será que sepas una cosa, que sin duda no sabes, y es que las tortugas viven mil años: al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

—Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar á este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Y en efecto, echó la tortuga de nuevo en la mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al medio día á echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una hermosa dama que entró en la barca y dijo:

—Yo soy la hija del dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, allende los mares. No fué tortuga la que pescaste poco há, y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios del mar, para ver si tú eras bueno ó malo. Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres, nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los mares azules.

Tomó entonces Urashima un remo y la Princesa marina otro; y remaron, remaron, hasta arribar por último al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía é imperaba, como rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces. ¡Oh que sitio tan ameno era aquel! Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubies por fruta; las escamas de los peces eran plata, y las colas de los dragones, oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, pónlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el Palacio parecía. Y todo ello pertenecía á Urashima.

Y ¿cómo no, si era el yerno del dios de la mar y el marido de la adorable Princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeraldas y frutas de rubies.

Pero una mañana dijo Urashima á su mujer:

—Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver á mi casa y ver á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y á mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.

—No gusto de que te vayas, contestó ella. Mucho temo que te suceda algo terrible: pero vete, pues así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres, no lograrás nunca volver á verme.

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó mucho, y al fin desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes: pero los árboles habían sido cortados. El arroyuelo, que corría junto á la choza de su padre, seguía corriendo: pero ya no iban allí mujeres á lavar la ropa como antes. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en sólo tres años.

Acertó entonces á pasar un hombre por allí cerca y Urashima le preguntó:

—¿Puedes decirme, te ruego, donde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?

El hombre contestó:

—¿Urashima? ¿cómo preguntas por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos, los nietos de sus hermanos, ha siglos que murieron. Esa es una historia muy antigua. Loco debes de estar cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.

De súbito acudió á la mente de Urashima la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubíes, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años, en compañía de la Princesa, habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó entonces Urashima en volverse con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo que debía seguir? ¿quién se le marcaría?

—Tal vez, caviló él, si abro la caja que ella me dió, descubra el secreto y el camino que busco.

Así desobedeció las órdenes que le había dado la Princesa, ó bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una

nube blanca que se fué flotando sobre la mar. Gritaba él en balde á la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al Palacio del dios de la mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar, ni correr, hacia la playa, en pos de la nube.

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrepito. Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la Princesa, hubiese vivido aún más de mil años.

Dime: ¿no te agradaría ir á ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por fruta, y donde las escamas son plata y las colas oro?



ESTRAGOS DE AMOR Y CELOS

—
DRAMA TRÁGICO

ESTE drama, tan excesivamente trágico, carece de todo valer literario, pero se publica aquí para satisfacer la curiosidad de no pocas personas que deseaban verle cuando se representó y no lo consiguieron á causa de la pequeñez del salón que sirvió de teatro. El autor compuso el drama á petición de la graciosa y discreta señorita doña María de Valenzuela, que prescribió determinadas condiciones á las que debía sujetarse la obra. El drama no habia de durar más de catorce ó quince minutos, la acción habia de ser tan tremenda como rápida, y, salvo los comparsas y personajes mudos, sólo habian de figurar en él seis interlocutores, tres varones y tres hembras, todos los cuales habian de morir de desastrada y violenta muerte en la misma escena. Tan espantoso desenlace no habia de tener por causa ni peste, ni hambre, ni fuego del

cielo, ni ningún otro medio sobrenatural, sino que todo había de ocurrir sencillamente por efecto del truculento frenesí que el amor y los celos producen en el alma de una mujer apasionada. Yo creo haber cumplido con las condiciones que la mencionada señorita me impuso y de ello estoy orgulloso. Reconozco, no obstante, que mi drama no hubiera sido tan aplaudido y celebrado á no ser por el mérito de los actores y de las actrices que me hicieron la honra de representarle. Fueron éstos la simpática señora doña Rosario Conde y Luque de Rascón, las dos señoritas doña María y doña Isabel de Valenzuela y los Sres. D. Alfonso Danvila, D. Javier de la Pezuela y D. Silvio Vallin. A ellos, y no á la menguada y pobre inspiración del poeta, se debe el éxito pasmoso que obtuvo el drama, en el precioso teatro que el Sr. D. Fernando Bauer improvisó en su casa, y cuya magnífica decoración mudéjar pintó lindamente el Sr. Conde del Real Aprecio. Debo añadir aquí que no se prescindió de medio alguno, ni se excusó diligencia para procurar que los trajes y la pompa y aparato escénicos correspondiesen y hasta realzasen la grandeza y solemne majestad del argumento. Despojada ahora mi producción de todos los primores que entonces le prestaron valer, será muy difícil que agrade. Yo, sin embargo, me atrevo á insertarla aquí, confiado en la indulgencia del público y para complacer á varios amigos y conocidos míos que desean tenerla en letra de molde.

ACTO ÚNICO

Magnífico vestibulo del Castillo. Gran puerta en el fondo. Puertas laterales. Es de noche. Ruge la tempestad. Oscuridad profunda, iluminada á veces por relámpagos vivísimos. Mucho trueno.

ESCENA PRIMERA

Entra *D.^a Brianda* vestida con traje de mediados del siglo xv, y con un candil en la mano.

Doña Brianda.

¡Ay que noche, Dios mío!
Siento á veces calor y á veces frío.
Truena y relampaguea,
y con furor tan bárbaro graniza
que el cabello en la frente se me eriza,
y tengo el corazón hecho jalea.
Y eso que soy valiente cual ninguna:
bien lo conoce D. Ramón, mi hermano,
que me abandona en noche tan fatal
y sale, confiado en su fortuna,
con todo el escuadrón fuerte y lozano
que manda y rige cual señor feudal.
Lo que piensan hacer es un misterio,
pero debe de ser lance muy serio.
A media legua de esta casa fuerte
está ya el reino moro de Granada,
donde estragos y muerte
van á llevar entrando en algarada.

Mas bien puede en el interin venir
 á este castillo el moro,
 y darme que sentir,
 y hasta faltar un poco á mi decoro.
 ¡Grandes son mis recelos!
 (Dan fuertes aldabonazos á la puerta de entrada.)
 ¡Qué horror! ¿Quién llamará? ¡Divinos cielos!
 (Suenan desde fuera una voz.)

Voz.

¡Ah del castillo! ¡Hola!

Doña Brianda.

(Que se ha acercado á la puerta y ha mirado por el agujero de la llave.)

Voz de mujer parece y está sola.

(Vuelve á mirar por el agujero.)

Mas no, que un negro bulto la acompaña.

¿Quién es?

Voz de fuera.

¡Ábreme!

Doña Brianda.

¡Cielos! ¿Qué maraña

es aquesta? ¿qué voz ora me saca

el corazón de quicio?

ó he perdido el juicio,

ó esta es la propia voz de doña Urraca.

Doña Urraca.

Yo soy. Abre, Brianda.

Doña Brianda.

Entra. Ya estoy como la cera blanda.

ESCENA II

Dicha. *Doña Urraca* y el moro *Tarfe* embozado en su capa hasta los ojos.

Doña Brianda.

¿Tú por aquí á horas tales?
 ¿Qué sucesos fatales
 te hacen vagar en tan horrible noche,
 sin pajes, sin caballos y sin coche
 por esos andurriales?

Doña Urraca.

Decirlo todo quiero,
 mas tu favor y tu indulgencia pido.
 Es mi padre, D. Suero,
 el padre más ruin y cicatero
 que en el mundo ha nacido.
 Por no dar dote no me da marido.
 Para empapar dinero,
 mas no para soltarle, es una esponja;
 y en lugar de buscarme un buen partido,
 se empeña cruel en que me meta monja.
 Yo al vendaval de mi pasión amante
 me doy sobreexcitada á todo trapo,
 y con un novio tierno y arrogante
 de la casa paterna al fin me escapo.
 Con él huyendo voy á moreria,
 pero la tempestad nos extravía.
 El bagaje, una tropa
 de malhechores nos robó en la vía.
 De mi amigo el valor me ha libertado,

mas hasta aqui con pena hemos llegado
cada cual con la lluvia hecho una sopa
y en lastimoso estado.

Doña Brianda.

¿Y quién, oh mi señora,
es el tal novio con que vas ahora?

Doña Urraca.

Es Tarfe, un mahometano,
mas me promete que se hará cristiano.

Doña Brianda.

Entonces menos mal.

(El moro se desemboza. Doña Brianda le acerca el candil y le mira con detención.)

¡Es muy buen mozo!

Doña Urraca.

Ya lo creo.

Doña Brianda.

Yo aplaudo tu alborozo.

(Suenan clarines y se oyen muchas voces.)

¡Ay Dios de los ejércitos! ya llega
mi fiero hermano de la atroz refriega.

Él considerará grave delito
fugarse con un moro, é infelices
seréis los dos, si os coge en el garlito.
Le cortará á tu moro las narices,
y á ti te mandará bien escoltada
de tu padre D. Suero á la morada.

Doña Urraca.

Pues escóndenos pronto, cara amiga.

Doña Brianda.

Venid á un escondite.

Doña Urraca.

Puede que así se evite

el presentido mal que me atosiga.

(Queda por un momento la escena vacía. Vuelve á poco doña Brianda y abre de nuevo la puerta principal. La trompetería ha sonado más cerca. Entra D. Ramón con toda su hueste, armada de brillantes armas, y dos personas cubiertas de negros capuces. Algunos de la comitiva traen antorchas ó candelabros, que colocados en lugar conveniente iluminan la escena.)

ESCENA III

Doña Brianda, D. Ramón, la hueste y los encubiertos.

D. Ramón.

Ya estás en salvo en mi casa.
Valientemente reñas
cuando acudí con mi hueste
y rechacé á la morisma,
haciendo tremendo estrago
en sus apretadas filas.

D. Tristán.

(Sin descubrirse.)

Mucha gratitud te debo.
Sin tí perdiera la vida.

D. Ramón.

Descúbrete y dí quién eres.

D. Tristán.

A estar oculto me obliga

la prudencia, mas á solas
te descubriré en seguida
quién soy y de dónde vengo.
Despide á tu comitiva.

D. Ramón.

¡Despejad!

(Vánse todos los guerreros y solo quedan los dos de los capuces y doña Brianda.)

D. Tristán.

Aún queda alguien.

D. Ramón.

Esta es mi hermana querida.

D. Tristán.

Pues aunque sea tu hermana
haz que se vaya.

D. Ramón.

Hermanita

lárgate.

Doña Brianda.

Me largaré.

(Ap.) ¡qué sospecha, suerte impia!

¡Qué fatal presentimiento

en mi corazón se agita!

La voz del encapuchado,

la de D. Tristán imita.

¿Será D. Tristán acaso?

Yo me quedaré escondida

atisbando y escuchando

para descubrir la intriga. (Vase.)

ESCENA IV

Don Tristán, D. Ramón y Zulema. Doña Brianda
entre bastidores atisbando lo que pasa y asomando de vez en
cuando la cabeza.

D. Ramón.

Solos ya, satisface mi deseo:
desembózate.

D. Tristán.

¡Mira!

D. Ramón.

¡Ay, Dios! ¡qué veol!

Don Tristán eres tú, mi amigo caro.

¿Por qué caso tan raro

te encontré solo en la tremenda lid,

más valiente que el Cid,

entre fieros paganos?

D. Tristán.

Yo me volvía á tierra de cristianos
después de estar en la imperial Granada,

de donde traigo á esta mujer robada.

Es mi dicha suprema,

es mi esposa, es mi bien,

es la hermosa Zulema,

hija mayor del rey Muley Hacén.

Contempla su hermosura.

(Don Tristán se dirige á Zulema, le quita el negro capuz y ella aparece deslumbradora, con rico traje oriental, todo cuajado de oro y de piedras preciosas.)

D. Ramón.

(Mirando á Zulema y como en éxtasis.)

¡Un sol en el zenit se me figura!
¿qué vas á hacer con tan sin par doncella?

D. Tristán.

Me casaré con ella
cuando esté en mi lugar y busque al cura,
que de antemano le dará el bautismo:
Ya una esclava católica
le enseñó el catecismo.
Ella está melancólica
porque deja á su padre y á su grey
en la maldita ley
del Profeta Mahoma,
que sin fallar los llevará al infierno.

D. Ramón.

Harto pesada broma
das tú entretanto al rey
con hacerte su yerno.

D. Tristán.

Déjate de discursos y razones.

D. Ramón.

Me callo, pues. Di tú lo que dispones.

D. Tristán.

Aquí pernoctar quiero
hasta que raye el matinal lucero.
Entonces prosiguiendo en mi camino
me volveré al castillo de D. Suero,

mi padre muy amado,
conduciendo á mi dueño idolatrado
sobre las ancas de mi fiel rocino.

Zulema.

¡Ah! sí, vámonos pronto, D. Tristán.
Temo que aún nos ocurra algún desmán.

D. Ramón.

No tema Vuestra Alteza,
que está segura en esta fortaleza.
Venid, pues, al mejor de mis salones
á descansar del horrible combate,
y á lavaros también.
Después os servirán el chocolate,
con bollos de manteca, mojicones,
buñuelos y otras frutas de sartén. (Vánse.)

ESCENA V

Doña Brianda sola.

Doña Brianda.

¡Malvado! ¡traidor, infiel!
Por esa perversa mora
me deja quien me enamora
en abandono cruel.
Palabra de casamiento
me dió el impío hace un año.
¡Espantoso desengaño!
¡Todo se lo lleva el viento!
Pero no; ruda venganza
tomaré de ese salvaje.

Daré á la mora un brevaje
que le destroce la panza
y la vida le arrebate.
Mi criada, que es ladina,
esta esencia de estricnina
verterá en su chocolate.

(Enseña un pomo que tiene en la mano y se va por donde ha entrado.)

ESCENA VI

Sale *D. Ramón* por el lado opuesto, después de haber dejado lavándose á sus dos huéspedes.

D. Ramón.

(Meditando.)

Confieso que me escama
el empeño que tiene *D. Tristán*
de ocultar á mi hermana que el galán
es él, en esta novelesca trama.

Catástrofes barrunto;
pero será mejor no cavilar.

A mis huéspedes quiero agasajar.
Haré que lleven chocolate al punto.

(Váse por el otro lado. Queda un momento la escena vacía.)

ESCENA VII

Aparece la criada con una bandeja, dos jícara de chocolate y bollos, y pasa de largo. Entra *Doña Brianda*.

Doña Brianda.

El veneno vertí ya
en la jícara espumante,
y dentro de breve instante

la mora le beberá.
De fijo reventará,
dando así satisfacción
á mi burlada pasión
y á mis espantosos celos,
y cumpliendo mis anhelos
de hacer á *Tristán* tristón.

ESCENA VIII

Dicha y *D. Tristán* que trae entre los brazos medio desmayada á *Zulema*.

D. Tristán.

¡Qué espanto! ¡Qué maravilla!
Apenas bebe *Zulema*
el chocolate, se quema
cual si comiese morcilla
de la que echan á los perros
para darles cruda muerte.
¡Qué bien castiga la suerte
mis enamorados yerros!

Zulema.

¡Ay, *D. Tristán*! Yo reviento,
¿qué chocolate endiablado
es el que ahora he tomado?
¡Fuego en mis entrañas siento!

Doña Brianda.

¿Qué es esto, señor, qué pasa?

D. Tristán.

¡Que *Zulema* se me muere!

Doña Brianda.

Pues me alegro. Ella me hiere
y mi corazón traspasa
de los celos con la punta.
¡Infel Tristán, asesino,
de ti me venga el destino
al dejártela difunta!

Zulema.

¡Yo me muero!
(Hace una horrible mueca, se desprende de entre los brazos de don Tristán y cae muerta en el suelo.)

Doña Brianda.

Ya espichó. (Con júbilo feroz.)

D. Tristán.

¡Muerta está! ¡Trance funesto! (Tocándola.)

Doña Brianda.

Pues no me basta con esto.
Mi furia no se calmó,
y para vengarme más,
te haré saber que tu hermana
más que esa mora liviana
y peor que Barrabás,
se ha escapado con un moro
de la morada paterna
y está locamente tierna
ofendiendo tu decoro.

D. Tristán.

¿Qué me dices? ¡Maldición!

¡Ha de costarle la vida!
¿Dónde se encuentra?

Doña Brianda.

Escondida
la tengo en esta mansión.
Ella y el alarbe juntos
se esconden en el granero.

D. Tristán.

Voy á buscarlos y espero
que pronto estarán difuntos.
(Desenvaina la espada y echa á correr.)

ESCENA IX

Doña Brianda sola.

Doña Brianda.

Muertes hoy y guerra ruda
los celos producirán.
Ya habrá subido al desván,
y habrá encontrado sin duda
al moro y á doña Urraca.
Ya está la pobre aviada...
Tristán no envaina la espada
sin sangre, cuando la saca.

ESCENA X

Entra huyendo *Doña Urraca*, y *D. Tristán*
persiguiéndola con la espada desnuda.

Doña Urraca.

¡No me mates, hermano!
Tarfe se hará cristiano
y será mi marido:
Así quedará todo corregido.

D. Tristán.

No puedo perdonarte tu pecado.
¡Tú mi honor has manchado
con un perro sectario de Mahoma!
¡Toma el castigo que mereces! ¡Toma!
(Le da una tremenda estocada y doña Urraca cae muerta.)

Doña Brianda.

Mi agradable venganza va adelante.

ESCENA XI

Dichos y el moro *Tarfe* que entra furioso y con el chafarote
desenvainado.

Tarfe.

¿Dónde está ese tunante,
que por el intrincado laberinto
de esos mil corredores
se escabulló siguiendo á mis amores?

D. Tristán.

Aquí me tienes, moro majadero,

y ya en la sangre de tu amiga tinto
está mi fuerte acero.

Tarfe.

¡Pues vivo no saldrás de este recinto!
Pague tu desalmada
sangre, la que vertiste de mi amada.
(Riñen. Don Tristán atraviesa al moro de una estocada y el
moro cae muerto.)

ESCENA XII

Dichos y *D. Ramón* que entra apresurado.

D. Ramón.

¿Qué ocurre aquí? ¡Qué estruendo!
¡Qué horror! ¡cuántos cadáveres!

D. Tristán.

¡Oh, dura
inevitable ley del hado horrendo!

Doña Brianda.

¡Ay don Ramón! El móstruo que estás viendo
me burló con infame travesura.
Su palabra me dió de matrimonio,
y engañándome luego,
de ángel que fui, me convirtió en demonio,
y del infierno me lanzó en el fuego.
¡De mi horrible venganza estoy ufana!

D. Ramón.

(Dirigiéndose á *D. Tristán.*)

D. Tristán, ó te casas con mi hermana,
ó tu maldad te costará muy cara.

D. Tristán.

No puedo: un mar de sangre nos separa.

D. Ramón.

Pues aun la sangre me parece poca,
y esa tu negativa del casorio
á derramar la tuya me provoca.

D. Tristán.

Esto vá á ser sobrado mcituorio,
pero es irresistible mi arrebato...
Defiéndete ó te mato.

(Riñen los dos y ambos se hieren mortalmente y caen muertos en tierra.)

Doña Brianda.

Ya de mi celoso ahinco
el resultado me asombra;
en pie estoy como una sombra
entre cadáveres cinco.
De demonios un enjambre
muy pronto vendrá por mí.
Mi celoso frenesi
ha roto el vital estambre
de estos cinco personajes,
á quien yo tanto quería.
Ahora siente el alma mía
remordimientos salvajes.
No está bien, es indecente
que yo conserve el vivir,
cuando logré hacer morir
á tan buena y noble gente.

(Dirigiéndose al cadáver de D. Ramón.)

Perdona, hermano, perdona
si por mi culpa estás muerto.

(Dirigiéndose á doña Urraca.)

Aunque ya cadáver yerto,
estás, Urraca, muy mona.

(Dirigiéndose á Zulema.)

Y tú, gallarda Zulema,
¿qué culpa de amar adquieres
á quien para las mujeres
fué más dulce que la crema?

(A D. Tristán.)

¡Ay D. Tristán! de mi rabia
me arrepiento ya muy tarde.
¡Aún te adoro! Asaz cobarde
fuera la que así te agravia,
si en tan solemne ocasión

á vivir se resignara,
y al punto no se matara
con firme resolución!

(Saca el pomo del veneno.)

Aún se esconde en este frasco
gran cantidad de veneno.

Valiente soy... Daré un trueno;
me lo beberé sin asco.

(Apura todo el veneno que hay en el pomo.)

Ya me lo bebí; ya miro
de feos demonios un bando,
que están en torno esperando
que yo dé el postrer suspiro,
para ir en procesión,
con horrenda algarabía,
á llevarme á la sombría

honda cárcel de Plutón.
 Allí expiaré mi delito
 con fieras penas, mas antes
 no quieran los circunstantes
 castigarme con el pito;
 sino que, para consuelo
 de mi agonía mortal,
 con aplauso general
 se dignen calmar mi anhelo.
 (Hace contorsiones horribles y cae muerta por virtud del veneno.)

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Pepita Jiménez; un vol. en 8.º, Ptas. 3.
 Doña Luz; un vol. en 8.º, 3.
 El comendador Mendoza; un vol. en 8.º, 3.
 Algo de todo; un vol. en 12.º, 2,50.
 Las ilusiones del doctor Faustino; dos vols. en 12.º, 5.
 Pasarse de listo; un vol. en 12.º, 2,50.
 La buena fama; un vol. en 16.º con grabados, 2,50.
 El hechicero. El bermejino prehistórico. Las salamandras azules; un vol. en 16.º con grabados, 2,50.
 Dafnis y Cloe (traducción del griego); un vol. en 12.º, 3.
 Estudios críticos; tres vols. en 12.º, 9.
 Disertaciones y juicios literarios; dos vols. en 12.º, 6.
 Cuentos y diálogos; un vol. en 12.º, 2,50.
 Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia; tres volúmenes en 12.º, 9.
 Tentativas dramáticas; un vol. en 12.º, 2,50.
 Canciones, romances y poemas; un vol. en 12.º, 5.
 Cuentos, diálogos y fantasías; un vol. en 12.º, 5.
 Nuevos estudios críticos; un vol. en 12.º, 5.
 Cartas americanas (primera serie); un vol. en 12.º, 1.
 Nuevas cartas americanas (segunda serie); un vol. en 8.º, 3.
 Pequeñeces... Currita Albornoz al P. Luis Coloma; un folleto en 8.º, 1.
 Las mujeres y las Academias, cuestión social inocente; un folleto en 8.º, 1.
 Ventura de la Vega, biografía y estudio crítico; un vol. en 8.º con el retrato del biografiado, 1.
 Juanita la larga; un vol. en 8.º, 3,50.
 A vuelapluma, artículos literarios y artísticos; un vol. en 8.º.
 Genio y figura; un vol. en 8.º, 3.

